ó á la vida de Jesucristo, que se perpetúa en la Santa Eucaristía, ó á la que gozan en el cielo los mártires, cuyas reliquias reposan en la piedra consagrada del altar. Por análogas razones, sin duda, en el mismo rito, la piedra sagrada está revestida de una tela encerada de color verde.

IV. *El morado.*—Mezcla de encarnado y negro, el morado lo adoptó la Iglesia como símbolo de la penitencia, que se compone de un acto de dolor, por el que nosotros sufrimos (porque el símbolo del dolor es el negro), y de un acto de amor en la causa que nos determina á querer sufrir (el símbolo del amor es el encarnado).

No habiendo sido la vida de Jesucristo en la tierra sino una larga penitencia, una respetable tradición, así como algunas reliquias que se veneran en algunos puntos, tienden á demostrar que usaba vestidos morados. Los monumentos antiguos, entre otros el mosaico de San Miguel de Rávena (Ciampini. *Vet. mon.*, II, pág. 63, tav. 18) y el de San Ambrosio de Milán (Ferrari. *Monum. della basil. de S. Ambrogio*, pág. 156), lo representan con vestidos ó atributos de ese color. Por la misma razón, el morado ha sido dado algunas veces á María, la madre del dolor, á Juan Bautista, el predicador del bautismo de penitencia (Ciamp. *Vet. mon.*, I, tav. LXX), y á los ángeles cuando se representan como enviados de Dios para recordar á los hombres la penitencia, ó en actitud de una respetuosa compasión alrededor del Verbo encarnado, el hombre de los dolores. Respetables tradiciones nos enseñan que los primeros cristianos se vestían con telas moradas, en señal de penitencia; y sabemos que los eclesiásticos usaron hábitos morados desde la más remota antigüedad (véase *Amico cattolico*, guigno 1846, pág. 408); los abades de la orden de San Benito usaron este color hasta la época bastante reciente en que adoptaron el negro. El velo de las vírgenes era en la antigüedad morado. Tenemos por testigo á San Jerónimo, que, en una de sus cartas á Eustoquio (*Opp.*, edit. Veron., t. I, pág. 96), habla de estos velos morados llamados *maforte*, que flotaban sobre los hombros: *et super humeros hyacinthina læna maforte volitans.*

Se teñían de morado los pergaminos donde se escribía, desde los tiempos del mismo Padre (*Ad. Eustoch.*, ep. XXII), y esta costumbre ha continuado en los siglos siguientes para los evangeliarios, rituales y otros libros litúrgicos (Mabillon., *Sæc.* IV. *Benedict.*, pars I). La Iglesia, que en todas sus ceremonias habla á los ojos para llegar al corazón, prescribe el uso del color morado en sus ornamentos sagrados en los tiempos que dedica á la penitencia.

COLUM VINARIUM.—I. La costumbre de colar el vino particularmente cuando salía de la prensa, era muy frecuente en la antigüedad, y en un principio se servían para ello de sacos y de cestos de junco. Esta operación se llamaba *vinum castrare* (Plinio., XIX, 4, XIV, 22, XX, 17), y el vino que la había sufrido, *vinum saccatum.* Respecto al uso de la mesa, había coladores propiamente dichos, de metal, y Ateneo (l. II) confirma su existencia entre los Egipcios y los Griegos.

He aquí cómo se usaba este instrumento: se colocaba primero la copa sobre su pie ó base (Gruter., XXI, 12), y sobre la misma copa se ponía el *colum* cuyo fondo estaba lleno de agujeros sumamente finos y unos junto á otros. En el museo Borbón de Nápoles se ven muchos objetos de esta clase procedentes de Pompeya (*Mus. Borbon.*, t. II, tav. 60). Felipe Venuti trae también el dibujo de un *colum vinarium* al frente de su disertación sobre esta materia, y de la cual hemos tomado más de un dato (*Saggi di dissert. dell'acad. di Cortona.*, t. I, pág. 80).

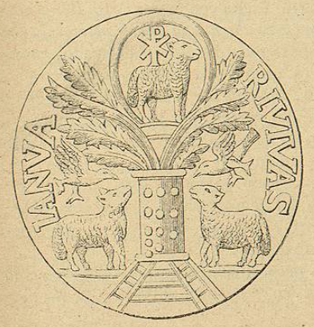
Es interesante observar aquí, siquiera sea de paso, que Nuestro Señor alude á la antigua costumbre de colar el vino, cuando dice de los fariseos: EXCOLANTES *culicem, camelum autem glutientes* (Matth., XXIII, 24); como si, cómplices de su hipocresía, sus *cola* dejasen pasar los camellos y retuvieran los mosquitos.

También se llamaba *colum nivarium* ó *saccus nivarius* (Martial., XIV, 104), porque se ponía nieve en estos coladores, á través de la cual, al pasar el vino, se refrescaba, lo que era más necesario entre los antiguos que en los tiempos modernos, porque conservaban ordinariamente el vino, no en cuevas sino en la parte superior de sus casas.

II. La Iglesia adoptó desde un principio este instrumento en su liturgia, como lo prueba un glosario muy antiguo citado por Du-Cange (cap. *De vasis argenteis*). Venuti (*op. laud.*) recuerda á este tenor un documento de 470. El orden romano dice: *Archidiaconus..... sumit amulam pontificis cum vino de subdiacono et refundit super colum in calicem*, «el arcediano toma de la mano del subdiácono el *amula* del pontífice, lleno de vino, que vacía en el cáliz á través del *colum*». Y un poco después: *Archidiaconus..... accipiens calicem ab acolyto, archidiacono apportet vinum per colum* (Ap. Macri. ad voc. *Colatorium*). Se hace mención, con mucha frecuencia, de este instrumento en las *Vidas de los Papas* por Anastasio el Bibliotecario ó sus continuadores. León III, Papa en 795 (Anastas. *In Leon III*, pág. 197, edit. Mediol.), dió á la iglesia de Santa Susana, donde había sido ordenado sacerdote, *rasa colatoria argentea deaurata pens*, lib. VI, *unc.* III. Sergio II (844) ofreció á la basílica de San Pedro: *Colatorium de argento, quod in sacro utitur officio deauratum unum* (Anastas., pág. 230). Por último, Benedicto III (855) donó al monasterio de los santos mártires Sergio y Baco, los objetos siguientes: *Calices de argento purissimo duos, et patenam unam, colatorium unum.*

Reproducimos á continuación un instrumento de esta clase que Blanchini publica en sus notas á Anastasio (*In S. Urbanum*).

COLUMNA. (SÍMBOLO.)—En los monumentos cristianos se emplea ordinariamente la columna aislada como símbolo de la Iglesia, que es llamada por San Pablo (1 Timoth., III, 15) *columna et firmamentum veritatis.* Se ve en Buonarruoti (*Vetri.*, tav. XIV, n. 2) un fondo de vaso donde está representada entre dos personajes que, según toda probabilidad, son San Pedro y San Pablo, una columna coronada con el monograma de Cristo; en una piedra grabada que publicó el P. Garrucci (*Hagioglypta*, pág. 222), la columna, cuyo fuste está adornado con doce gemas, símbolo de los doce Apóstoles, lleva un cordero, y en



una lámpara de arcilla encontrada en Lión (Le Blant. *Inscript. chrét. de la Gaule*, I, 167), una paloma. Sabemos que aquí es Nuestro Señor quien está simbolizado por el crisma, el cordero y la paloma (véanse estas tres palabras en este Diccionario), y el conjunto de las tres composiciones significa, en la intención de los artistas, la firmeza y la estabilidad que Jesucristo comunica á su Iglesia.

Se ha creído distinguir el símbolo de Jesucristo mismo en unas columnas que se ven en los cuatro ángulos de una pintura de bóveda del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro (Aringhi., II, pág. 95), y al pie de las cuales están dos palomas que levantan sus ojos hacia ellos. Creemos que es la Iglesia hacia la cual las palomas, símbolo de los fieles, dirigen sus miradas, como hacia el puerto de salvación: en la misma actitud se ven dos palomas y dos corderos en la gema del P. Garrucci, y en un vaso que representa dos esposos (Buon. *Vetri.*, XXIII, 3), entre los cuales se levanta una columna que sostiene una corona. La corona, compuesta de distintas flores, significaría, según el sabio florentino, los niños nacidos ó que han de nacer del matrimonio, y que son la corona de los padres, y según San Clemente de Alejandría, las flores del matrimonio; pero la columna, á la cual va siempre unida la idea de soledad, representaría los niños varones, que son las columnas de la casa (Artemid., l. II, c. 10, ap. Buon., *loc. laud*).

M. Le Blant (*Op. et loc. cit.*) indica, y es, creemos, el primero que lo hace, en los sarcófagos de Arlés donde está trazado el paso del mar Rojo, la columna luminosa, que se distingue en las llamas que coronan su capitel, y que precede á los israelitas después de su rescate. Hemos observado el mismo asunto en un sarcófago de Aix, siendo precisa absolutamente la inspección del monumento mismo, porque la lámina de Millin, bastante defectuosa, no reproduce las llamas (Millin. *Midi de la Fr.*, pl. L, 3).

COMIDAS ENTRE LOS PRIMEROS CRISTIANOS.—I. Tertuliano nos da una idea completa de esas comidas en este pasaje de su Apologética (XL): «Nuestras comidas se fundan en la religión. No admitimos en ellas ni bajeza ni inmodestia. No nos sentamos á la mesa sino después de habernos alimentado con una oración á Dios. Se sirve tanto como conviene para satisfacer el hambre. Se bebe tanto como necesitan los hombres prudentes. Se come sin perder de vista que debe adorarse á Dios durante la noche. Se habla sin olvidar que Dios escucha. Después que se han lavado las manos y que se han encendido luces, se dedica cada uno á cantar, en presencia de todos, alabanzas al Señor, tomadas de las Sagradas Escrituras ó de su propia cosecha. Por esto se comprende lo que ha bebido. Otra oración pone igualmente término á la comida.»

Así resulta: 1.º, oración antes de la comida; 2.º, durante la comida, conversaciones instructivas y modestas; 3.º, después de la comida, ablución de las manos, siguiendo la costumbre de los antiguos; 4.º, después, por último, cantos religiosos y además la oración en acción de gracias. Minucio Félix (*Octavius.*, pág. 308, edit. Ouzel. Lugduni Batavorum, 1672) da detalles casi iguales: «No sólo la castidad, sino la sobriedad, presiden nuestras comidas: no cometemos ningún exceso, y una severa modestia modera nuestra alegría.» Para no exponerse nunca á separarse de la sobriedad cristiana, los fieles se abstenían cuidadosamente de figurar en los festines de los idólatras; y leemos en las obras de San Cipriano (Cypr. *Epist.* LXVII, página 170, seqq. edit. Oxon.), que en el siglo III, un obispo de España llamado Marcial, habiendo olvidado los deberes de su dignidad hasta el extremo de sentarse en un banquete

de esa clase, se vió acusado de idolatría y desposeído del episcopado.

La sobriedad era una de las virtudes más esenciales del cristianismo primitivo, y las Escrituras, así como las obras de los Padres, nos han transmitido, en la materia, toda suerte de detalles. San Mateo no comía nunca carne. Santiago (Clem. Alexandr., *Pædag.*, II, I.) se alimentaba con pan y agua, y San Pedro, de altramuces, si hemos de dar crédito á San Gregorio de Nacianzo (*Orat. de cura paup.*). San Pablo había hecho el voto de los nazarenos (Act. XXI, 29), y como en su epístola á los romanos dice (XIV, 21) que es bueno no beber vino, debe creerse que hacía lo mismo que aconsejaba á los demás. San Jerónimo escribía á Marcela (*Epist.* XXXVI, 5): «Porque nosotros no nos entregamos á la embriaguez, y porque nuestras bocas no se abren al estallido de indecente risa, se nos llama continentes y tristes.» Entre las principales cualidades de la penitencia, incluye Tertuliano la «moderación en la bebida y en la comida; nada para satisfacer el estómago, todo para la simple conservación de la vida». La verdadera comida, en el estilo de los tiempos primitivos, era aquella en que no se hacia uso de la carne, y que el mismo Tertuliano (*De pœnit.*, I, 9) llama *xerophagia*, *manducación de cosas secas*. Prudencio (*Cathem. hym.*, III, 61) da una tierna y graciosa descripción de la frugalidad de una comida cristiana:

Sint fera gentibus indomitis
Prandia de nece quadrupedum:
Nos oleris coma, nos siliqua
Fœta legumine multimodo
Paverit innocuis epulis.

«A las naciones bárbaras,—Fuertes comidas de las carnes de los cuadrúpedos:—Para nosotros las hierbas, la grosera cáscara de numerosos granos,—Nos sirve de inocentes manjares.»

El poeta enumera en seguida las demás partes de la lista de estas comidas cristianas, la leche y el queso:

Spumea mulctra gerunt niveos
Ubere de gemino latices,
Perque coagula densa liquor
In solidum coit, et fragili
Lac tenerum premitur calatho,

la miel de Ática:

Mella mihi Cecropia
Nectare sudat olente favus,

y los dulces frutos de los verjeles:

Hinc quoque pomiferi nemoris
Munera mitia proveniunt.

Y esta frugalidad, además de que estaba encarnada en los principios del cristianismo, era también de conveniencia particular, porque las comidas tenían lugar frecuentemente cerca de las tumbas de los mártires. Los mismos paganos conocían la templanza de los primeros cristianos, y Luciano caracteriza, bajo este punto de vista, á nuestros padres en la fe, llamándoles «pálidos», κατωχριωμένοι.

Cada vez que vaciaban la copa, tenían costumbre los primeros cristianos de invocar el nombre de Jesucristo (Sozom., V, 17), y esto mismo hacían aunque la copa no contuviera más que agua, *ad aquæ poculum*, dice San Gregorio de Nacianzo (*Orat.* III). Es probable que pronunciaran entonces algunas de las aclamaciones inscritas en los fondos de copa que han llegado hasta nosotros, y en particular éstas: VIVAS IN CHRISTO (véanse los artículos *Agapas*, *Fondos de copa*, *Propinare*).—BIBAS IN PACE DEI (Buon., tav. V, I).—BIBE ET PROPINA (ídem., XV, I), y con más frecuencia PIE ZEZES (ídem. y Garrucci, *Vetri. con fig. in oro*, passim).

Era costumbre entre los Romanos ofrecer regalos, *apophoreta*, en los festines. No sabemos si los cristianos seguían esta costumbre. Una anécdota referida por San Ambrosio parece suponerlo así (*Exhort. virgin.*, cap. I, n. 1). Este Padre había asistido á la traslación á Bolonia de un cuerpo de mártir. Pues en un sermón predicado por él en Florencia sobre este asunto, dijo metafóricamente á propósito de dicha ceremonia: *Ad Bononiense invitatus convivium, ubi sancti martyris celebrata translatio est*, que él había llevado, como *apophoreta*, algunas partículas del cuerpo de aquel Santo, *apophoreta plena gratiæ et sanctitatis*.

II. No parece, por lo demás, que la disposición de la mesa entre los cristianos difiriera esencialmente de la que tenía entre los antiguos. Puede juzgarse esto por un curioso fresco del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro (Bottari., tav. CXXVII) que damos á continuación.

La mesa donde están sentados los convidados es, en el grabado adjunto, de forma semi-

circular, es decir, en *sigma*, forma muy usada en la antigüedad (Martial, l. XIV, *epigr.* 87). Los escritores eclesiásticos han empleado esta palabra en el mismo sentido que los profanos. San Pedro Crisólogo dice de Nuestro Señor al asistir á la cena del publicano Mateo: *Discumbebat Jesus plus in Matthei mente, quam*

in sigmate, «Jesús estaba sentado en el espíritu de Mateo, más que en el *sigma*» (*Serm.* XXIX); y en otro lugar pinta de este modo, la orgullosa ostentación de los fariseos: *Dum pharisæus veste clarus, primus in sigmate.....*, «el fariseo, en traje de día festivo, es el primero en el *sigma*». Tal era también, según Paulino, autor de la *Vida de San Martín*. (L. III. *In biblioth. PP.*, t. VIII, col. 1026), la forma de la mesa donde estaban sentados los convidados del emperador Máximo:

Hos inter medius, qua sigma flectitur orbe
Presbyter accubuit.....

«En medio de ellos, allí donde el *sigma* se dobla en forma de círculo, el sacerdote se sienta.»

Sobre esta mesa no se ve nada; pero en el espacio vacío del hemiciclo hay otra mesita redonda en forma de trípode, sobre la cual están colocados tres platos, un cuadrúpedo entero puesto sobre la desnuda tabla, y dos cuchillos, de los cuales uno termina en aguda punta, el otro es redondeado en su extremidad, como nuestros cuchillos de mesa. Ateneo (IV) describe exactamente una de estas mesitas tal como la vemos aquí. Varron (IV, 25) la llama *cibilla*, otros *mensa escaria*, «mesa para depositar los manjares». En el suelo hay un ánfora de dos asas.

Los comensales son en número de tres, dos hombres y una mujer, que ocupa el centro de la mesa, *qua sigma flectitur orbe*. No están acostados, sino sentados, y sucede lo mismo en todas las representaciones de comidas que se encuentran en las catacumbas. Comer acostado era un signo de molicie. Parece haber sido algunas veces, en la alta antigüedad, un privilegio de rango ó una recompensa al valor. Entre los Macedonios (Cf. Bott, III, pág. 141), esto no se permitía sino á aquel que hubiese muerto un jabalí sin lazos; hasta ese momento debía comer sentado.

En los dos extremos de la mesa, pero dentro del *sigma*, están sentadas dos mujeres, encargadas, sin duda, del servicio. La una debe dividir en pedazos la carne con los cuchillos colocados sobre la mesa, y poner dichos pedazos en los platos para presentarlos á los convidados. Séneca describe de este modo (*Epist.* XLVIII) la operación ó trabajo de los servidores destinados á este oficio. *Diribitores, carptores: alius preciosas aves scindit, et clunes certis ductibus circumferens eruditam manum et in frusta excutit*, «una corta las aves preciosas, y describiendo con certera mano sobre los muslos líneas seguras, los divide en trozos». La otra está encargada de preparar la bebida; ésta parece dar sus órdenes á un joven que está de pie delante de la mesita, vestido con una túnica libre adornada con fajas de púrpura, y que tiene en la mano una copa; ella le indica con el dedo que entregue la copa á la otra mujer, probablemente para que pruebe el contenido antes de presentarlo á los comensales, lo que hace creer que estas dos sirvientas desempeñaban también el cargo de *prægustatrices*, la una para el vino, la otra para la carne.

En la parte superior del grabado, encima de la cabeza de los convidados, están escritos los nombres de estas dos mujeres en una inscripción que indica imperativamente uno de los deberes de su cargo, y estos nombres, que significan *caridad* y *paz*, son esencialmente cristianos: AGAPE MISCE MI, Agape debe echar el vino en la copa; IRENE DA CALDA, Irene debe mezclarlo con agua caliente. Esto recuerda una costumbre muy común en la antigüedad, costumbre que se ha designado con una palabra híbrida compuesta *ad hoc: thermopotare*, beber caliente.

El monumento de que acabamos de ocuparnos, no es único en su género: M. De'Rossi ha encontrado, hace poco, otro fresco que representa el mismo asunto; mas parece que los convidados son numerosos, porque la inscripción está en plural.

La explicación que hemos dado es literal, pero no excluye en ningún modo el sentido simbólico que puede atribuirse á esta pintura, así como á todas las del mismo género (véase el artículo *Representaciones de las comidas*).

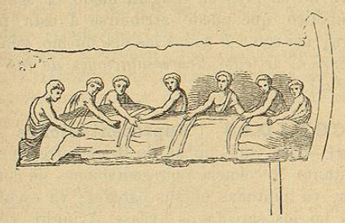
COMIDAS (Representaciones de las).—Las catacumbas de Roma ofrecen con bastante frecuencia representaciones de comidas, ya pintadas en sus paredes, ya esculpidas en los sarcófagos (véase Aringhi., t. II, páginas 77, 83, 119, 123, 185, 199 y 267). Todos los anticuarios, y especialmente Aringhi (t. II, pág. 600), Bottari (III, 107), Boldetti (46), y los demás que después han aceptado sus apreciaciones sin desconfianza, convinieron en ver en las comidas las *agapas* (véase el artículo *Agapas*), y es preciso convenir, que esta era la idea que surgía de natural manera. El abate Polidori (*Amico catt.*, t. VII, pág. 390, VIII, 174, 262) es el primero que, después de maduro examen, ha dado á este asunto otra interpretación, que hoy se encuentra universalmente aceptada. Nosotros nos limitaremos tan sólo á presentar aquí lo esencial del trabajo de este sabio arqueólogo.

I. Hablemos primero de las razones que excluyen la idea de las agapas.

1.º Debe observarse ante todo que en la ornamentación de los cementerios, de las iglesias, de los sarcófagos y de las piedras sepulcrales, los primeros cristianos no llevaban otro objeto que fortalecer su fe y su esperanza por medio de los símbolos ó de los recuerdos de la historia, propios para despertar estos sentimientos y hacer más llevadera la idea de la muerte por medio de imágenes relativas á la resurrección de los cuerpos y á la bienaven-

turanza eterna. Luego, ¿qué tenían las agapas de común con estas ideas? ¿Y qué necesidad de recordarlas por medio de pinturas á aquellos que diariamente, ó tomaban parte en ellas, ó por lo menos tenían conocimiento de las mismas á su vista? San Paulino, adornando con pinturas los muros de su basílica (*Nat.*, IX, *S. Felic.*), en donde celebraba las agapas, ¿tuvo nunca la idea de representarlas en esas pinturas?

2.º En las verdaderas agapas, además del pan y del vino se servían también carnes (Chrysost. *Hom.* XXII.—Augustin, *Contr. Faust.*, XX, 20). Pues nada de esto se ve en las pinturas en cuestión: no hay allí más que pan y vino: quizá, como una sola excepción (véase el artículo *Comidas entre los primeros cristianos*), se suprimen algunas veces estos dos elementos, que son la base de toda comida, así como los instrumentos propios para cortar y dividir las carnes. Pero estas comidas, tan pobres en alimentos, se distinguen, al contrario, por la riqueza de los lechos, de las mesas en *sigma*, cubiertas de tapices y de preciosos cojines, cosas siempre reservadas, en esos tiem-



pos remotos, á los *triclinia* de los ricos. O bien, si las agapas estuvieran en armonía con las representaciones que existen en las catacumbas, ¿cómo explicar que todo este lujo hubiera podido desplegarse dentro de los cementerios y aun de las iglesias, que en los tiempos de persecución no eran ciertamente lo que fueron después de Constantino?

II. ¿Cual es, pues, el verdadero sentido de estas tan multiplicadas representaciones? Nadie ignora que la dicha celestial se ha figurado, con frecuencia, en las santas Escrituras con un banquete como emblema. «Aquellos que hubieran estado esperando la llegada del maestro, el maestro, que no es otro que Jesucristo, se ceñirá, los hará sentar á la mesa, y los servirá con sus manos» (Luc., XII, 37), ...*præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis*».— «Yo dispongo á vuestro favor del reino, como mi Padre dispuso de él para mí, á fin de que bebáis y comáis á mi mesa, en mi reino», ... *ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo* (Luc., XXII, 29). Rafael, queriendo descubrir á Tobías su naturaleza angelical, le dijo (Tob., XXII, 19): «Yo he comido y he bebido, al parecer, con vos; pero yo uso un alimento y una bebida que no pueden ser vistos de los hombres.» Podrían multiplicarse al infinito las citas de los santos libros donde la felicidad del cielo se ha comparado á un banquete. Bajo la inspiración de estos divinos oráculos Tertuliano representa á Lázaro en el festín de Abrahan (*De idolatr.*, XIV). Las actas de los Santos Mariano y Santiago refieren que estando en prisión estos mártires por la fe de Jesucristo, el mártir Agapio se les apareció en sueños, sentado en espléndido festín, y que transportados ellos mismos por el espíritu de caridad de esta agapa celeste, vieron venir uno de los tres niños que la víspera habían sido sacrificados con su madre, llevando al cuello una corona de rosas, y en la mano una palma verde, y que les dijo: «Regocijaos grandemente, porque mañana *cenaréis con nosotros — cras enim nobiscum et ipsi cœnabitis*» (Ruinart., pág. 199, edit. Veron, col. 1).

La palabra *refrigerium* tiene con frecuencia la significación de festín (véase Buon., *Vetri*, página 144); luego esta palabra se encuentra muy usada en los mármoles cristianos como fórmula de augurio de la felicidad eterna para los difuntos: IN REFRIGERIO ANIMA TVA VICTORINE (Fabretti, pág. 547); SPIRITVM TVVM DEVS REFRIGERET (Lupi. *Sev. epitaph.*, pág. 137), y la Iglesia termina el *memento* de los muertos en la misa, deseando á los difuntos *locum refrigerii*, lo que se entiende por las delicias del Paraíso, en una palabra, por el *festín celestial* (véase el artículo *Refrigerium*). Es, pues, el banquete celestial el que los primeros cristianos tenían la intención de figurar con este emblema, á fin de animarse á sí mismos por la esperanza en esa felicidad, y también para consolarse de la muerte de aquellos que amaban, figurándoselos sentados en la mesa del padre de familia (véase el artículo *Paraíso*). Y esta es una de las representaciones de la antigüedad que se ha conservado más fielmente en la Edad Media. Tenemos un ejemplo en el bajo relieve del sepulcro de Sancha de Aragón, en la iglesia de *Santa María della Croce*, en Nápoles, del siglo XIV (véase d'Angincourt, láminas, vol. I, pl. XXXI). Se ven allí nueve mujeres sentadas á una mesa suntuosamente servida, y la que ocupa el centro (probablemente la Reina) tiene las manos unidas sobre el pecho y los ojos elevados al cielo.

Algunas de estas representaciones se refieren á la Eucaristía (véase el artículo *Eucaristía*). Se pueden considerar como diminutivas ó abreviadas representaciones de comidas, teniendo el mismo sentido, con sólo los panes y las tazas que están figuradas en ciertos mármoles cristianos y de que se encontrarán ejemplos en Boldetti (pág. 208) y en Mamachi (*Origin.* III, 60).

COMPLETAS.—Véase el artículo *Oficio divino*, III.

COMUNIÓN.—I. En los primeros siglos, los ritos que acompañaban á la comunión se diferenciaban notablemente de los que se usan hoy.

Después de la bendición del obispo, la cual seguía en seguida á la oración dominical, el diácono llamaba el pueblo á la comunión con estas palabras: *Attendamus*, «¡estemos atentos!» Entonces el sacerdote ó el celebrante exclamaba: *Sancta sanctis*, «¡las cosas santas á los santos!» A lo cual el pueblo respondía con las aclamaciones siguientes: *Unus sanctus, unus Dominus Jesus-Christus in gloriam Dei Patris; Benedictus in sæcula: amen*, «un santo, un Señor Jesucristo en la gloria del Dios Padre; ¡Bendito en los siglos: amén!» *Gloria in altissimis Deo, et in terra pax in hominibus bona voluntas. Hosanna, fili David! Benedictus qui venit in nomine Domini, Deus Dominus, et apparuit nobis: hosanna in altissimis!* «¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra, paz; en los hombres, buena voluntad! ¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, Señor Dios mismo y que se nos ha aparecido. ¡Hosanna en las alturas!» San Cirilo de Jerusalén (*Catech. mystag.*, V, 16) menciona claramente esta fórmula y dice que seguía á la oración dominical; y San Crisóstomo (Hom. XVII. *In Hebr.*) compara aquí el diácono con el heraldo de los juegos olímpicos, con la diferencia, sin embargo, de que éste llamaba á cada uno en particular para saber si alguien lo acusaba de ser esclavo ó ladrón, mientras que el diácono exhortaba á todos los asistentes en general á que se pusiesen á prueba á sí mismos, porque las cosas santas no deben darse más que á los santos.

Después venía la división del pan eucarístico, instituída por el mismo Jesucristo, y conservada siempre por la Iglesia. Todos los Padres la mencionan como precediendo á la distribución; pero no se hacía en todas las iglesias en el acto mismo de la misa. Parece que entre los Griegos tuvo lugar inmediatamente después de la consagración, mientras que en otras partes no se fraccionaban los panes sino en el momento de distribuirlos. Los Latinos dividían cada pan en tres partes, los Griegos en cuatro. Los Orientales hacían dos fracciones, la primera antes de la consagración, en tres partes, en el momento en que el sacerdote pronuncia la palabra *fregit;* la segunda, más propiamente llamada *fracción*, y en la que cada una de las tres partes se subdividía en varias, tenía lugar antes de la oración dominical, después de la lectura de los dípticos (véase Selvaggio., IV, 84). Los Mozárabes dividían la hostia en nueve partes, con la intención de significar, por medio de cada una de ellas, uno de los misterios de la vida de Jesucristo, así enumerados por Mabillon (*Liturg. Gallic.*, l. I, c. 2, § 12): «La concepción, *corporatio*, la natividad, la circuncisión, la aparición (sin duda la transfiguración), la pasión, la muerte, la resurrección, la gloria, el reinado.»

Después de la fracción, la mixtión, indicada en todas las más antiguas liturgias y mencionada por los concilios (*Tolet.* IV, can. 17.—*Arausic.* I, an. 441, can 17).

Después del llamamiento SANCTA SANCTIS, iba cada cual á recibir la Eucaristía en el orden de su grado, orden que era, poco más ó menos, el que prescribían las *Constituciones apostólicas* (VIII, 13). El obispo la tomaba el primero, y después los sacerdotes, el resto del clero y los ascetas. Luego venían las mujeres, primero las diaconisas, las vírgenes, las viudas y los niños; y por último, todo el pueblo que asistía al santo sacrificio. El texto de las *Constituciones apostólicas* parece suponer que el obispo sólo distribuía la Eucaristía al pueblo y al clero. Pero la práctica de la mayor parte de las iglesias no está conforme con esta institución. San Justino (*Apol.* II) asegura que en su tiempo, la consagración se hacía por el obispo, pero la distribución de los panes consagrados correspondía á los diáconos. Por lo general, sin embargo, en los tiempos siguientes, la costumbre ordinaria consistía en que el obispo ó sacerdote, después de haber consagrado, administraban la especie del pan, quedando á cargo de los diáconos la administración del cáliz (véase Ciprian. *De lapsis*, pág. 132). Esto na impedía que, ya con permiso de los obispos, yo por necesidad, distribuyesen los diáconos algunas veces ambas especies. Observemos, no obstante, que los Padres habían introducido severamente dos restricciones en esta costumbre: la primera, que los diáconos no dieran jamás la comunión á los sacerdotes (*Concil. Nicæn.*' can. XVIII); la segunda, que ni aun al pueblo la distribuyesen, aunque fuera á presencia de un sacerdote, sino en caso de urgente necesidad y por orden del sacerdote.

Respecto al lugar donde se recibía la santa Comunión, tampoco era uniforme en este punto la disciplina de las diferentes Iglesias. La Iglesia de España no admitía en el altar más que los sacerdotes y los diáconos, los clérigos inferiores en el interior del coro, y el pueblo en lo restante del templo (*Concil. Tolet.* IV). Entre los Griegos tampoco se permitía más que á los sacerdotes y á los diáconos entrar en el santuario para comulgar. Unos y otros exceptuaban de esta regla al Emperador, al cual el Concilio *in Trullo* confirmó este privilegio según una antigua tradición (*Concil. Trull.*, can. LXIX). En Italia vemos que San Ambrosio les niega este honor: de esto puede deducirse que las Iglesias de esas comarcas se sujetaron fuertemente, en este punto, á la antigua disciplina. Opuesta costumbre se estableció en las Galias: el segundo Concilio de Tours, que prohibe admitir al pueblo en el coro de los chantres, abre á los laicos y á las mujeres, según la antigua costumbre (se dice allí), el *sancta*